

865.44
R696dis

AGN - 001311

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

DISCURSO EN LA INAUGURACION DEL
II CONGRESO HISPANOAMERICANO
DE HISTORIA

BIBLIOTECA A G N



001311

001311

Editora Montajvo
Ciudad Trujillo, R. D.

1957

Con la venia del Benefactor de la Patria,
Fundador de la Academia Dominicana de la Historia;
del Señor Presidente de la República,
y de Su Alteza Real e Imperial Archiduque
Otto de Austria - Hungría;

Señores Congresistas:

Aquí en La Española, la pequeña España de los Reyes Católicos y de Cristóbal Colón, las palabras de ritual *estáis en vuestra casa* sí que tienen toda su honda y sugestiva significación, porque ésta es la Casa Solariega de todo el Orbe americano.

En ella empieza la luminosa historia del Nuevo Continente: “Llave, puerto y escala de todas las Indias”, la llamó Felipe II, que ya era la Cuna de América, Altar Mayor de América, Pórtico de América, tierra predilecta del Almirante en que se asientan los españoles y en que fundan la primera ciudad, y villas blasonadas cuando todavía no se alzaba ninguna en toda la extensión de las comarcas recién halladas. Aquí edifican, hidalgos de Andalucía y de Castilla, “con blasones de Mendozas, Manriques y Guzmanes”. Aquí se establece el primer Gobierno de las Indias,

que desde 1509 a 1540 tiene categoría de Virreinato, y la célebre Real Audiencia, que ejerce su amplia jurisdicción sobre todo el Mundo Nuevo, al par que la Arquidiócesis, con su sede en la antigua Catedral de Santo Domingo, Primada de América, extiende sus cristianos dominios por los más dilatados territorios y a la vez que se fundan fortalezas, escuelas y hospicios: la primera Universidad, el primer hospital; los primeros conventos de dominicos, franciscanos y mercedarios. Aquí, en la ciudad que Oviedo considerara digna de aposentar a Carlos V, surge el teatro americano; nacen las más antiguas poetisas de América: Leonor de Ovando y Elvira de Mendoza.

El español encontrará aquí las máximas huellas de oro y hierro en la historia de las Indias: del Genio navegante y de sus fieles hermanos Bartolomé y Diego, de su hijo Diego, el Virrey compañero de María de Toledo, y de su hijo Fernando, "patriarca de los bibliófilos modernos"; del constructor Nicolás de Ovando y del titánico Ojeda; de Montesinos y Córdoba y Las Casas, que inician aquí una de las mayores controversias del Mundo moderno: la formidable defensa del indio inerme en la más apasionante de las luchas de España; sus luchas contra sí misma, que desde entonces vienen repitiéndose como testimonio de su singular pujanza, porque nunca fué tan grande como cuando luchó contra sí por la libertad del hombre sin lograr su abatimiento, sino su propia magnificación, porque fué España el primer pueblo conquistador que "discutió la conquista", como Grecia fué el primer pueblo que discutió la esclavitud. Aquí encontrará la huella de los descubridores, de los guerreros, de los colonizadores y de los misioneros que conquistaron el Continente para la cristiandad.

Aquí residen de por vida o hacen el aprendizaje de la América los geógrafos Juan de la Cosa y Fernández de Enciso, primer acaudalado litigante de la Española; el Padre

Carlos de Aragón, “acaso pariente de reyes”, doctor en teología de la Universidad de París, predicador ruidoso de cuya arrogancia antiescolástica se recuerda la frase que le llevó a manos de la temible Inquisición: “Perdone Santo Tomás que no supo lo que dijo”; el audaz Diego Méndez que guarda entre sus bártulos los novedosos libros de Erasmo; aquí se estrena como predicador aquel “singular maestro de la prosa” que fué Fray Alonso de Cabrera, y pulsaron sus liras poetas como Eugenio de Salazar, autor del encomiástico *Canto en loor de la muy leal, noble y lustrosa gente de la ciudad de Santo Domingo*; como Bernardo de Valbuena, en rigor el primer poeta genuinamente americano, al decir de Menéndez y Pelayo; y no menor maestro que Tirso de Molina, una de las grandes figuras de las letras universales; el “impetuoso e indomable Quijote de la fraternidad humana”, Bartolomé de las Casas, dice aquí la primera misa nueva americana; aquí escribe su *Apologética Historia* y se inicia en la apasionada lucha que le ganó el renombre de Apóstol de los Indios; aquí hace de Alcaide de nuestra Fortaleza el ilustre Cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez, a quien este Congreso ha de rendirle homenaje con motivo del cuarto centenario de su fallecimiento, en 1557, cuyos restos yacen perdidos en nuestra Catedral, primer mausoleo de América, la vetusta Catedral sin torre, mutilada Venus de Milo de las Iglesias americanas, “sinfonía de piedra inconclusa de un Schubert de la argamasa y de la arcilla”.

De aquí, en fin, centro de civilizadora irradiación, partieron hacia todas las comarcas americanas semillas y aperos de labranza, armas y libros, soldados y eclesiásticos, que ya lo decían en 1544 los frailes dominicos de La Española: “Destá casa se han poblado las Islas y Nueva España y el Perú”. Es que España y la Isla Española presidieron juntamente en la radiosa epifanía de la América.

El mexicano contemplará aquí, evocadoramente, con la oficiosa pluma de escribano en la diestra, trémulo ya ante el fulgor de una espada, a Hernán Cortés, Conquistador del Imperio de Moctezuma, y escuchará la palabra apostólica del Arzobispo, historiador y arqueólogo Dávila y Padilla, y hallará aquí la vetusta partida de nacimiento de Meléndez Bazán, Rector de la Universidad de México; y el cubano verá sobre el Canal del Viento la canoa de Hatuey, protomártir de la libertad de Cuba, y la nao de Diego Velázquez, Conquistador de la fraterna Isla, y en nuestra calle del Conde se detendrá ante el hogar juvenil de Heredia, Cantor del Niágara; y el panameño mirará escaparse de aquí en un tonel, perseguido por la jauría de sus acreedores, a Vasco Núñez de Balboa, y en su desorbitada carrera detenerse, agua al pecho, en el Pacífico, con la espada desnuda entre el oleaje; y el venezolano mirará aquí conmovido el enterramiento de Simón de Bolívar, quinto abuelo del Libertador, y verá también la huella heroica del titánico Ojeda y de Bastidas y Alfinger y Federman, servidor de Carlos V; y el colombiano que tiene en las *Elegías de Varones Ilustres de Indias* el pergamino de su grandeza pretérita, verá al poeta Juan de Castellanos arribar al Ozama y dedicarle sus primeras estrofas, y encontrará entre los legionarios de Gonzalo de Quezada mozas y mozos de Santo Domingo, de donde parten hacia Nueva Granada el Adelantado Pedro de Heredia y Rodrigo de Bastidas; y el peruano tendrá aquí el recuerdo de Francisco Pizarro, deshacedor del Imperio de Atahualpa; el ecuatoriano evocará a Fray Pedro de Oviedo, Arzobispo aquí y en Quito; y el boliviano a Fray Domingo de Valderrama, Obispo en La Paz y Arzobispo en Santo Domingo; el hondureño hallará aquí a sus primeros gobernadores: al explorador Gil González Dávila, a Diego López de Salcedo, a Alonso de Maldonado, a Juan Pérez Cabrera; y el guatemalteco hallará aquí a las máximas figuras de su gobierno y de su Iglesia: a López de Cerrato, a Zorita y a Salazar, a Fray Domingo

de Betanzas, a Fray Tomás de Torres y a Fray Alonso de Espinosa y particularmente a Pedro de Alvarado, el del célebre salto, conquistador y fundador de Guatemala, que antes de acompañar a Cortés en la hazaña de México, ocultaba aquí, en su pobreza, su Cruz de Caballero de Santiago para no deshonrar su Orden; y el argentino yendo del pasado hasta el presente, tendrá ante sí la figura marcial de Andrés de Robles, gobernante aquí y allá y verá también surgir en las aguas del Ozama a su glorioso *9 de Julio* llegando a saludar nuestra bandera en días de amargo abatimiento; y el chileno encontrará a Pedro de Ledesma, en su Vega Real, antes que Oídor en Chile; el brasileño encontrará en los días de Colón los primeros portugueses que hablaron la lengua lusitana en las playas americanas; el filipino hallará junto a los muros de nuestra Catedral a Fray Domingo Fernández de Navarrete, catedrático de la Universidad de los dominicos en Manila, Misionero en China y Arzobispo en Santo Domingo; y el nicaragüense verá pasar de la orilla del Yaque, al Obispado de Nicaragua, al historiador y sacerdote Pedro Agustín Morell de Santa Cruz; y el norteamericano contemplará, envuelto en su capa romántica, al legendario Ponce de León, Conquistador de la Florida, que ya empezaba a soñar, en la melancolía de la edad, con la Fuente de la Eterna Juventud; y asimismo a Lucas Vázquez de Ayllón, Adelantado de esa tierra florida, cuyo nombre revela la espiritualidad de los hombres de hierro que la hallaron y dominaron; y también a Hernando de Soto, descubridor del Mississipi al trágico precio de hallar en sus aguas su propia sepultura; y el italiano, incorporado a la historia americana por la italianidad de Colón, verá aquí, junto a su más ilustre navegante, al humanista Alejandro Geraldini y al historiador milanés Girolamo Benzoni. Todos los hispanoamericanos, en fin, remontándose por el ancho río de la historia americana encontrarán aquí la lustral fuente común en que La Española tuvo los privilegios y los timbres de la primacía que hoy recuerda como prendas de entrañable fraternidad.

Si el hallazgo de las ricas minas del Perú y de Méjico dejó en orfandad y pobreza la vieja casa; si sus inenarrables vicisitudes la desmedraron; si como culminación de todas sus desdichas se perdió la unidad étnica y política de La Española; si las guerras civiles la asolaron aún más, ya en la vetusta casa solariega la yedra intrusa no repta por sus muros ni amenaza su techumbre, ni la araña diligente teje sus claros hilos, símbolos del abandono, por la obscura viguería, las alfajías y las ménsulas, ni en la tierra alledaña se alza la maleza, ni la bestia montaraz vaga a su talante, ni se desbordan los ríos sin el férreo abrazo de los puentes, ni la heredad perece. Es que como véis la Casa Solariega ha sido remozada del uno al otro confín por uno de esos hidalgos españoles que vinieron a la América en la sangre y el espíritu de sus antepasados también a construir, como ellos, para la eternidad, para luego volver los ojos hacia la madre España con el más entrañable de los amores.

Holgaría la imponente enumeración de las obras de ese hidalgo español, de sus obras espirituales y de sus obras materiales, en cuyo fondo hay siempre el triunfo del espíritu; pero sí es de justicia que os diga que la Academia Dominicana de la Historia ha sido creación de ese mismo hidalgo, del Generalísimo Trujillo Molina; que los estudios históricos en el país han recibido de él su más ingente impulso; que en toda faena de la cultura está su mano animadora, y que este Congreso tiene todas sus simpatías y todas sus alabanzas y toda su fe en los opimos resultados de nuestras deliberaciones.

Ha querido el Gobierno de la República, con la constructiva inspiración del ilustre estadista que nos enaltece con su presencia, que este Congreso coincida con uno de los actos de más honda espiritualidad que puedan realizarse dentro de la fascinante órbita de nuestro quehacer de his-

toriadores: la inauguración de las espléndidas obras de restauración del ruinoso Alcázar que fué asiento del memorable Virreinato de Diego Colón y de María de Toledo, desde donde se ejerció el Gobierno de toda la América, que desde ahora será Meca del Nuevo Mundo. Como en los tiempos de Carlos V en que desde aquí se le pedía a la Corte “una bandera grande para la Torre del Homenaje”, a la España de hoy, de renovada maternidad, podemos pedirle una bandera grande para la Casa de Colón como si fuese para toda nuestra América.

Merecido homenaje habremos de tributarle al Cronista Fernández de Oviedo, fallecido aquí hace cuatro siglos, y haremos de este II Congreso Hispanoamericano de Historia algo así como el Pórtico del Congreso de Cooperación Intelectual que ha de celebrarse en España en el cercano 1958 para celebrar el IV Centenario de la muerte del gran monarca que fué Carlos V, tan enlazado a la historia de nuestra América. Por ello nos honra y complace tener aquí, entre nosotros, al representante actual de su gloriosa dinastía, al Archiduque Otto de Austria-Hungría, a quien saludo, en nombre de todos, con la reverencia y simpatía digna de su estirpe.

Ahora, pues, tras las palabras inaugurales de nuestro joven Primer Magistrado, nos aguarda la faena de examinar y discutir cuestiones vitales de la historiografía hispanoamericana en que ha de presidir el sentido de solidaridad que nos une en la historia y que es, en los angustiosos días que vive la humanidad presente, como invencible muralla del espíritu alzada contra los negros oleajes del materialismo amenazante.

Aquí encontraréis claras luces para la necesaria experiencia de quienes escrutan el pasado, porque la historia es aquí cosa viva, como si la grave deidad de la historia que

a todos nos parece perdida en la lejanía y en la bruma, conviviese con nosotros y nos extendiese su mano alumbradora: es que la dualidad étnica y política de la Isla, caso único en la sociología americana, digno de toda vuestra atención, obliga a los dominicanos permanentemente a incorporar a su presente todo el drama de su historia. Propiamente podemos decir que nuestra salvaguardia radica en la perenne contemplación de ese drama, ardiente y palpitante con todas sus grandezas y todas sus vicisitudes en el ancho espejo de nuestra historia; que aquí pasado vale decir presente y presente equivale a porvenir.

Nuestro gran triunfo, pues, el triunfo de todos nosotros, el triunfo de este trascendental Congreso, será convertir la historia en instrumento cotidiano de la supervivencia de nuestros pueblos, en guía para la mayor dignidad de su conducta y en vínculo de comprensión y de creciente fraternidad.

Señores Congresistas:

A nombre de la Delegación dominicana os dirijo sus saludos de cordial bienvenida, emocionados y entrañables, en que van también los votos del Gobierno dominicano porque todos vosotros llevéis el grato recuerdo de haber pasado con deleite y con provecho por esta Casa Solariega del Continente.

Hemeroteca-Biblioteca



001311